

cación en el suplemento de *Siempre!* (La cultura en México, número 889, marzo 28 de este año), a manera de adelanto. A manera de adelanto, también, esta primera novela nos hace esperar con impaciencia la próxima obra narrativa de José Joaquín Blanco, quien sin duda habrá de demostrar sus cualidades críticas en la superación y pulimiento de su nueva entrega.

Los otros modernistas de Nicaragua

Julio Valle Castillo: *Poetas modernistas de Nicaragua* (1880-1927), Introducción, selección y notas de J. V. C., Colección Cultural Banco de América, Serie Literaria No. 9, Nicaragua, 1978.

por Guillermo Sheridan

¿Qué rescatar de entre las páginas perdidas de las olvidadas revistas literarias modernistas que pueda gozar aún de pertinencia? ¿Amerita realmente zambullirse en esa rústica, polvosa, a veces vergonzante broza en pos de dos, tres hebras de oro fino? ¿Penetrar ese lóbrego museo que marginalmente levantan los menores modernistas en toda América, con sus añosos violines mal afinados a la Verlaine, sus elaboradas crisis emocionales copias de copias de los más pospuestos fondos parisienses, sus musas empecinadas en la epatancia, sus melancolías superadas desde siempre, su retórica tísica y florida, sus tapices añosos y vagos? Julio Valle Castillo ha decidido recorrer esos traspatios sin excluir las fachadas rutilantes y descubre, en su excelente antología del modernismo nicaragüense que sí. Advierte en su introducción que "quizás se les descarte diciendo que modernistas como estos y muy superiores los hubo con creces a lo largo y ancho del continente americano", pero, sostiene, "existe algo en estos autores que los torna particularmente importantes para nosotros dentro de las difusas fronteras de Centroamérica y de su cultura. Algo que impide desecharlos tan categóricamente y que amerita atención". Y ese algo es su carácter de nicaragüenses, su americanismo beligerante en oposición al impe-



rialismo que había intervenido directamente al país desde 1909. Es, decir, que en este caso, sobre muchos otros, se cumple a la perfección la indicación de Angel Rama: el modernismo es la respuesta artística al liberalismo. Son estos, casi todos, como lo advierte el estudioso, poetas apreciables sobre todo en antologías. Su espíritu poético y su preocupación por afinar y delimitar las responsabilidades de su nacionalidad en momentos difíciles los hace confundirse, a la mayoría, en una empresa común de la que son aspectos o enfoques. Pero su totalidad indiferenciada es la que consigue la pertinencia que quizá pueda negárseles en lo individual.

Entre todos ellos, dice Valle Castillo, consiguen un "acento gentilicio", que es canto "a y de nuestra identidad y defensa de ella misma" y si bien a veces no rebasaron las limitaciones de un "localismo pintoresco" consiguen ofrecer "cierto encanto, algo íntimo, mucho de lo nuestro". Al enfrentarse a estos tímidos poetas, el lector actual se lleva, sin embargo, una agradable sorpresa: son mucho más poetas que tímidos.

Valle Castillo consigue, además, un marco funcional y erudito sobre el que presentarlos. Realiza una ubicación del modernismo *sui generis* de su país (que en estos momentos es el de todos) a partir de los paradigmas establecidos por Henríquez Ureña y en pos de su particularidad, que tiene un mérito indiscutible toda vez que describe, desde adentro, el proceso de incorporación de la tendencia en la tierra de Darío. A saber: desde sus antecedentes cultistas, incondicionales de la lírica francesa y norteamericana, pasando por la tesonera fundación de revistas (actividad

que, se desprende de las enumeraciones del autor, tiene un ritmo inusitado en comparación a otros países americanos), la formación y desaparición de los grupos, y hasta su derivación a cierto posmodernismo criollo, preocupado por la identidad centroamericana después de la intervención yanqui. Sin olvidar las veladas, ateneos y tertulias que surgen en las diferentes ciudades del país (algo en lo que también se diferencia del centralista modernismo mexicano).

Curiosamente, el modernismo nicaragüense es tardío en relación a otros. Tardío como enérgico en su segunda hora, va a producir poetas excelentes como Santiago Argüello y Ricardo Contreras. En este punto cabe discrepar de la beligerancia que Valle Castillo otorga a los comentarios que al respecto hace Darío cuando, al efectuar su "Viaje a Nicaragua" (1907-1908), saluda pomposamente a sus coterreños con el tipo de sonoras alabanzas que muchas veces estaban lejos de expresar su criterio poético objetivo o crítico. Darío escribió una cantidad tan impresionante de alabanzas y prólogos como olvidados poetas o compañeros se los solicitaron. Darío se sentía obligado, al parecer, a mostrar su solidaridad con hondureños, ticos, mexicanos y panameños desde París en esa especie de cruzada poética de la que son buena muestra esos comentarios. Estos poetas no necesitan ser refrendados por las convencionales prédicas del Gran Maestro. En su primera hora, además, como señala Valle Castillo, el modernismo nicaragüense dista mucho de la originalidad, y como muchos otros, cultivará hasta el agotamiento lo que Valle Castillo llama "los cuatro puntos cardinales del

mundo, de sus culturas y de sus idiomas". A saber: "Grecia y Roma, especialmente en la región mitológica, el medioevo, el orientalismo (...), las leyendas cristianas y el refinamiento aristocrático. Los nicaragüenses aprendieron la lección, oyeron el dictado, y mal que bien, se movieron en este amplio abanico temático propuesto". Genial que en este país se cultivara este tipo de imposición de lo que de alguna manera fue la falsa tradición modernista y que hace (a Argüello, en este caso) ver una Nicaragua en cuyos cielos vuelan las "hijas de Zeus" que le hacen sentir

¡La angustia, sudorosa,
me aprieta el corazón, tiembla en mis
carnes,
me estruja la garganta y me sofoca!

Valle Castillo repasa también la preocupación formal de la tendencia, el predominio del soneto, las incursiones en la teosofía y el cientificismo, las traducciones que realizaron desde Poe hasta Verlaine y, finalmente, el giro hacia lo nacional.

Poetas efímeros y humildes, como hubiera dicho Alfonso Reyes, "responden a una necesidad vital innegable, (tuvieron) su razón de ser y seguramente su utilidad", como cita puntualmente Valle Castillo. La antología va a probar que así es, como la misma honestidad que, no sin ciertas reticencias, admite que, como él mismo dice, "la crítica nacional y extranjera ha dictaminado que lo más cursi y soso del modernismo todo se encuentra en el propio país que produjo semejante capitán (Dario)". El antólogo declara que el aniquilamiento del resto del modernismo de su país de debe, en parte, a la presencia



ominosa de Darío, y señala que estos otros poetas "nunca han sido estudiados con rigor" impidiendo así una valoración justa del modernismo nicaragüense. Quizá tenga razón. Por otra parte es de considerar la posibilidad, no menos importante, de servirse de estos textos no sólo para vislumbrar los rasgos de una poesía nacional, sino para detectar en ella, incluso cuando su tono es decididamente menor, los procedimientos de formación de un estilo o amaneramiento poético que de alguna manera siempre existe bajo lo más destacado de un momento determinado de la tradición poética. No creo que sea injusto ver en algunos de estos poetas lo fallido y lo mimético, lo cursi y lo eternamente extemporáneo. Lo injusto sería no ver en ellos, además de la poesía, los modos de articulación de los lugares comunes, de los modos y las modas de banalizar cierta altisonancia que, oculta, conforma y determina el ser particular de la cultura en ese momento. En este sentido el recopilador es claro: "ya no es lícito desconocer el modernismo y menos sostener posiciones y criterios anacrónicos, ha llegado la hora de la ecuanimidad, la hora de tornar el rostro atrás objetivamente para detectar los puntos de partida y establecer la continuidad literaria de Nicaragua".

Y en ese sentido hay poetas en la antología que en nada desmerecen junto a otros modernistas. Tal es el caso de Solón Argüello, por ejemplo, quien con Juan de Dios Vanegas y José T. Olivares, son lo más interesante del trabajo. Valle Castillo precede la selección de cada uno de los 13 poetas con una breve nota biográfica, y una extensa bibliografía que incluye "Estudios sobre el autor".

Xavier Villaurrutia decía (y el antólogo hace suya la idea) que "existen poetas cuyas poesías sólo deben ser leídas en selecciones". Al hacerlo así, Valle Castillo, cuya notable dedicación y amor a su país y a su poesía no dejan de notarse o de sentirse en este tomo, nos ha entregado en él "a los fundadores de la poesía nicaragüense" y por tanto, de alguna manera, a unos injustamente pospuestos cofundadores de nuestra americanidad desde Nicaragua, desde esa Nicaragua donde hoy, como desde hace tiempo

La atmósfera es pesada como plomo.
No hay viento.

Y se diría que ha pasado la muerte
ante la impasibilidad del firmamento.

Como escribía Darío en 1912, en su "Tríptico de Nicaragua".

ACLARACIONES

Por un error en el número 4, correspondiente a diciembre/78-enero/79 de la *Revista de la Universidad* titulado "A diez años del 68", se omitió el crédito al Sr. Oscar Menéndez, autor de las fotografías que figuran en el ángulo inferior izquierdo de la portada, en las páginas 2, 4, 11, 35, 47 y 50 y en las dos que se incluyen en el ángulo inferior izquierdo de la contraportada.

La *Revista de la Universidad* agradece la colaboración de la maestra María del Carmen Ruiz Castañeda, directora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, quien facilitó a esta revista el material gráfico empleado en el número dedicado a la Autonomía Universitaria (mayo-junio 1979). Un lamentable error nos impidió hacerlo en su momento.

